
El Padre de Simón

Guy de Maupassant

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 475

Título: El Padre de Simón

Autor: Guy de Maupassant

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 8 de junio de 2016

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info/>

El Padre de Simón

Las doce acababan de sonar. La puerta de la escuela se abrió y los chicos se lanzaron fuera, atropellándose por salir más pronto. Pero no se dispersaron rápidamente, como todos los días, para ir a comer a sus casas; se detuvieron a los pocos pasos, formaron grupos y se pusieron a cuchichear.

Todo porque aquella mañana había asistido por vez primera a clase Simón, el hijo de la Blancota.

Habían oído hablar en sus casas de la Blancota; aunque en público le ponían buena cara, a espaldas de ella hablaban las madres con una especie de compasión desdeñosa, de la que se habían contagiado los hijos sin saber por qué.

A Simón no lo conocían, porque no salía de su casa, y no los acompañaba en sus travesuras por las calles del pueblo o a orillas del río. No le tenían, pues, simpatía; por eso acogieron con cierto regocijo y una mezcla considerable de asombro, y se la fueron repitiendo, unos a otros, la frase que había dicho cierto muchachote, de catorce a quince años, que debía estar muy enterado, a juzgar por la malicia con que guiñaba el ojo:

—¿No lo saben?... Simón... no tiene papá.

Apareció a su vez en el umbral de la puerta de la escuela el hijo de la Blancota. Tendría siete u ocho años. Era paliducho, iba muy limpio, y tenía los modales tímidos, casi torpes.

Regresaba a casa de su madre, pero los grupos de sus camaradas lo fueron rodeando y acabaron por encerrarlo en un círculo, sin dejar de cuchichear, mirándolo con ojos maliciosos y crueles de chicos que preparan una barrabasada. Se detuvo, dándoles la cara, sorprendido y embarazado, sin acertar a comprender qué pretendían. Pero el muchacho que había llevado la noticia, orgulloso del éxito conseguido ya, le preguntó:

—Tú, dinos cómo te llamas.

Contestó el interpelado:

—Simón.

—¿Simón qué?

El niño repitió desconcertado:

—Simón.

El mozalbete le gritó:

—La gente suele llamarse Simón y algo más... Eso no es un nombre completo... Simón.

El niño, que estaba apunto de llorar, contestó por tercera vez:

—Me llamo Simón.

Los rapazuelos se echaron a reír, y el mozalbete alzó la voz con acento de triunfo:

—Ya ven que yo estaba en lo cierto y que no tiene padre.

Se hizo un profundo silencio. Aquel hecho extraordinario, imposible, monstruoso —un chico que no tiene papá—, había dejado estupefactos a los chicos. Lo miraban como a un fenómeno, a un ser fuera de lo corriente, y sentían crecer dentro de ellos el desprecio con que sus madres hablaban de la Blancota y que les resultaba inexplicable hasta entonces.

Simón, por su parte, se había apoyado en un árbol para no caer y permanecía sin moverse, como aterrado por un desastre irreparable. Hubiera querido explicarse, pero no encontraba nada que contestarles para desmentir aquella afirmación horrible de que no tenía papá. Por fin, pálido, les gritó, por contestar algo:

—Sí, lo tengo.

—Dinos dónde está —le preguntó el mayor.

Simón se calló; no lo sabía. Los niños reían, dominados por una gran

excitación; eran campesinos, vivían en contacto con los animales, y los aguijoneaba el mismo instinto cruel que empuja a las gallinas de un corral a acabar con la que sangra. Simón acertó a ver a un chico vecino suyo, hijo de una viuda, al que siempre había visto solo con su madre, lo mismo que él. Y le dijo:

—Y tú tampoco tienes papá.

—Sí que lo tengo —respondió el otro.

—Dinos dónde está —respondió Simón.

El pequeño replicó con magnífico orgullo:

—Se murió. Está en el cementerio.

Corrió entre aquellos tunantuelos un murmullo de aprobación, como si el hecho de tener el padre muerto y en el cementerio hubiese dado talla a su camarada para aplastar a este otro, que no lo tenía en ninguna parte. Y aquellos truhanes, cuyos padres eran, casi todos, malas personas, borrachos, ladrones y brutales con sus mujeres, apretaban más y más el cerco, atropellándose, como si, a fuer de legítimos, hubiesen querido ahogar con una presión común al que estaba fuera de la ley.

De pronto, uno que estaba al lado mismo de Simón, se mofó de él sacándole la lengua y le gritó:

—¡Que no tienes papá! ¡Que no tienes papá!

Simón lo agarró del pelo con las dos manos y le acribilló a puntapiés las pantorrillas, contestando el otro con un feroz mordisco en un carrillo. Se armó una batahola fenomenal. Separaron a los combatientes y llovieron los golpes sobre Simón, que rodó por el suelo, magullado, con la ropa en jirones, entre el círculo de pilluelos que aplaudían. Se levantó, y cuando se limpiaba maquinalmente su blusilla, sucia de tierra, le gritó uno de los chicos:

—Vete a contárselo a tu papá.

Simón fue presa de profundo descorazonamiento. Eran los más fuertes, le habían pegado, y nada tenía que contestarles, porque se daba buena cuenta de que no tenía papá. El orgullo le hizo luchar por espacio de

algunos segundos con las lágrimas que lo agarrotaban. Le acometió un ahogo y rompió a llorar en silencio, con un acompañamiento de profundos sollozos que lo sacudían precipitadamente.

Estalló entre sus enemigos un regocijo feroz, y al igual que hacen los salvajes en sus júbilos terribles, se dieron espontáneamente las manos y se pusieron a bailar en círculo a su alrededor, repitiendo como estribillo: "¡Que no tiene papá! ¡Que no tiene papá!"

De improviso dejó Simón de sollozar. Lo sacó de quicio la ira. Había piedras a sus pies, las cogió y las tiró con todas sus fuerzas contra sus verdugos. Alcanzó a dos o tres, que huyeron llorando; cundió el pánico entre los demás, al ver su aspecto amenazador. Cobardes, como lo es siempre la muchedumbre frente a un hombre exasperado, huyeron a la desbandada.

El pequeño sin padre echó a correr hacia el campo, así que se quedó solo, porque lo asaltó un recuerdo que lo impulsó a tomar una gran resolución: ahogarse en el río.

Se había acordado de aquel pobre mendigo que ocho días antes se tiró al agua porque no tenía dinero. Allí estaba Simón cuando sacaron el cadáver; aquel desgraciado, que le había parecido siempre digno de compasión, sucio y feo, lo impresionó por el aspecto de tranquilidad que tenía con sus mejillas pálidas, su larga barba impregnada de agua y el mirar sereno de sus ojos abiertos. Alguien de los que estaban allí dijo:

—Está muerto.

Otros agregaron:

—Ahora al menos es feliz.

También Simón quería ahogarse, pues si aquel desdichado no tenía dinero, él no tenía padre.

Llegó hasta muy cerca del agua y se quedó viéndola correr. Jugeteaban rápidos algunos peces en la corriente limpia; de cuando en cuando daban un saltito y atrapaban alguna mosca que revoloteaba en la superficie del agua. Dejó de llorar y se quedó mirándolos, atraído con aquellas maniobras. Sin embargo, lo mismo que en las calmas momentáneas de

una tempestad cruzan de improviso fuertes ráfagas de viento que hacen crujir los árboles a su paso y van a perderse en el horizonte, así también surgía de cuando en cuando en la cabeza del niño un pensamiento que le producía vivo dolor: "Voy a ahogarme, porque no tengo papá".

Hacía buen tiempo y mucho calor. La caricia del sol calentaba la hierba. El agua brillaba como un espejo. Simón pasaba por instantes de arrobamiento, de una languidez que suele seguir a las lágrimas, y entonces le entraban muchas ganas de echarse a dormir sobre la hierba, al calor del sol.

Una ranita verde saltó en el suelo junto a sus pies. Se inclinó a cogerla. Se le escapó. Insistió en perseguirla y ella lo esquivó tres veces seguidas. Logró al fin atraparla de la extremidad de sus patas posteriores, y se echó a reír viendo los esfuerzos que el animalito hacía para escapar. Se recogía sobre sus largas patas y las alargaba de pronto con un esfuerzo brusco, poniéndolas rígidas como el hierro; mientras tanto, hinchaba su ojo redondo encerrado en un círculo de oro y manoteaba con sus dos patitas delanteras. Le hizo recordar a un juguete de listas de madera clavadas en zigzag unas con otras, con soldaditos sujetos encima y que se movían como un desfile por un movimiento parecido al de la rana. Esto lo llevó a pensar en su casa y en su madre; lo acometió una gran tristeza y rompió de nuevo a llorar. Sentía escalofríos en sus brazos y piernas; se puso de rodillas y rezó sus oraciones como antes de acostarse. No pudo acabarlas, porque lo volvió a dominar un acceso de sollozos, tan acelerados, tan tumultuosos, que lo sacudían de arriba abajo. Ya no pensaba; ya no veía nada de cuanto lo rodeaba, entregado por completo a su llanto.

Una manaza se apoyó de improviso en su hombro, y una voz ronca le preguntó:

—Vamos a ver, hombrecito, ¿qué es lo que te aflige tanto?

Simón se volvió. Un trabajador fornido, de barba y cabellos negros muy rizados, lo contemplaba con cara bondadosa. Le contestó con los ojos y la voz cuajados de lágrimas:

—Me han pegado los otros chicos... porque yo..., yo... no tengo... papá, no tengo... papá.

—¿Cómo puede ser eso? Todos tenemos un papá —le contestó el otro,

sonriente.

El niño repitió a duras penas, en medio de los espasmos de su dolor:

—Yo..., yo... no lo tengo.

El trabajador se puso serio; había caído en la cuenta de que aquél era el hijo de la Blancota, y aunque forastero, conocía vagamente su historia.

—Ea, pequeño, consuélate, y vamos a tu casa. Ya te buscaremos un papá.

Echaron a andar, el niño de la mano del hombre, y éste, sonriéndose de nuevo, porque no le disgustaba el ver a aquella Blancota, de la que se decía que era una de las muchachas más guapas de la región. Allá en el fondo de sus pensamientos, quizá se decía que quien había caído una vez tal vez caería otra.

Llegaron delante de una casita blanca, muy limpia.

—Aquí es —dijo el niño; y luego gritó—: ¡Mamá!

Apareció una mujer, y el trabajador ya no siguió sonriendo, porque comprendió de golpe que no estaba para que nadie jugase con ella la buena moza de pálida cara que se había quedado en la puerta con expresión severa, como para impedir el acceso de un hombre a la casa en que ya otro la había traicionado. Se quitó la gorra con cortedad y balbució:

—Mire, señora, le traigo a su pequeño, que andaba perdido por el río.

Pero Simón saltó al cuello de su madre y le dijo con un nuevo acceso de llanto:

—No es verdad, mamá. Yo he querido ahogarme en el río, porque los otros chicos me han pegado..., me han pegado... porque no tengo papá.

Las mejillas de la joven se cubrieron con un rubor que le quemaba, y besó, traspasada de dolor, a su hijo, mientras corrían rápidas por su rostro las lágrimas. El hombre permaneció allí conmovido, no acertando a despedirse. Simón corrió de pronto hacia él y le dijo:

—¿Quiere usted ser mi papá?

Hubo un momento de profundo silencio. La Blancota, muda y torturada por el bochorno, con las dos manos sobre el corazón, se apoyaba en la pared. El niño, viendo que no había contestado a su pregunta, insistió:

—Si no quiere usted serlo, volveré para tirarme al río.

El trabajador lo echó a broma y contestó riendo:

—¡Claro que quiero! ¿Cómo no voy a querer?

—Dime cómo te llamas —suplicó entonces el niño— para que pueda contestarles cuando quieran saber tu nombre.

—Me llamo Felipe —contestó el trabajador.

Simón estuvo pensativo un momento, como grabando bien aquel nombre en su memoria, y luego le tendió los brazos, sin rastro de aflicción, diciéndole:

—Pues bien, Felipe: tú eres mi papá.

Felipe lo alzó en vilo, lo besó bruscamente en los dos carrillos y salió como huyendo, a grandes zancadas.

Risas malignas acogieron al chico cuando, al día siguiente, entró en la escuela. A la salida quiso el mozalbete volver a empezar; pero Simón le lanzó al rostro, como una pedrada, estas palabras:

—Se llama Felipe, para que lo sepas, mi papá. Estallaron a su alrededor alaridos de regocijo:

—¿Felipe qué...? ¿Felipe cómo?... ¿Qué significa eso de Felipe?... ¿Adónde has ido a sacarlo a ese Felipe?

Simón no contestó, pero su fe era inquebrantable, y los desafiaba con la mirada, dispuesto a dejarse martirizar antes que huir. El maestro lo sacó de aquel trance y el chico regresó a su casa.

Transcurrieron tres meses, durante los cuales el fornido obrero Felipe pasó con frecuencia cerca de la casa de la Blancota. Algunas veces hasta se lanzó a dirigirle la palabra al verla cosiendo junto a la ventana. Ella le

contestaba cortésmente, sin salir de su seriedad, ni reír con él, y jamás le dio entrada en casa. Sin embargo, un poco fatuo, como todos los hombres, llegó a imaginarse que cuando hablaban, se ruborizaba ella con más frecuencia y mayor intensidad que de costumbre.

Pero es tan difícil rehacer la buena reputación perdida y tan expuesta queda a todos los ataques, que a pesar de la reserva suspicaz de la Blancota, ya se hablaba de ello en el pueblo.

Simón estaba encantado con su nuevo papá, y se paseaba con él todas las tardes, una vez que salía del trabajo. No faltaba nunca a la escuela, y pasaba por entre sus camaradas muy digno, sin contestarles nunca.

Hasta que cierto día le dijo el mozalbete que había sido el primero en meterse con él:

—Nos has mentado, porque no es cierto que tengas un papá que se llama Felipe.

—¿Que no lo tengo? —contestó Simón, muy emocionado. El mozalbete se frotaba las manos, y siguió diciendo:

—No, porque si lo tuvieses sería el marido de tu mamá.

Simón se quedó desconcertado con la exactitud de aquel razonamiento. Pero, no obstante, replicó:

—Pues, con todo y eso, es mi papá.

El otro le dijo entonces con sorna:

—Puede que sí; pero sólo es un papá a medias.

El hijo de la Blancota bajó la cabeza y se alejó meditabundo en dirección a la herrería del tío Loizón, en la que trabajaba Felipe.

Se hallaba la herrería como sepultada debajo de los árboles. Su interior era lóbrego, sin más luz que el rojo resplandor de una hoguera formidable que se proyectaba con viveza sobre los brazos desnudos de cinco herreros que caían sobre los yunques con terrible estrépito. En pie, abrasándose como demonios, no apartaban la vista del hierro que sufría sus martirios, y su pensamiento se alzaba y caía pegado a sus martillos.

Simón penetró sin ser visto por nadie y tiró de la manga a su amigo. Éste se volvió. Los hombres interrumpieron de golpe la tarea y se quedaron mirando, muy atentos. Y en el silencio, tan extraño en aquel sitio, resonó la vocecita débil de Simón:

—Oye, Felipe, el muchacho de la tía Medialumbre acaba de decirme que tú no eres mi papá más que a medias.

—¿Y en qué se funda? —preguntó el obrero.

El chico respondió con absoluta ingenuidad:

—Dice que no eres el marido de mamá.

A nadie se le ocurrió reírse. Descansando su frente sobre el reverso de sus manazas, que se apoyaban en la cabeza del astil del martillo, tieso encima del yunque, Felipe reflexionaba. Sus cuatro compañeros tenían clavadas en él sus miradas, y Simón, minúsculo entre aquellos gigantones, esperaba con ansiedad. Uno de los herreros, como respondiendo al pensamiento de todos, dijo de pronto a Felipe:

—Después de todo, la Blancota es una chica buena y cabal, seria y valerosa, a pesar de su desgracia. Ningún hombre honrado tendría por qué avergonzarse de ser su marido.

—Esa es la pura verdad —dijeron los otros tres. El primero siguió diciendo:

—¿Se le puede echar en cara a la chica su caída? Se comprometió a casarse con ella. Más de una conozco yo que hizo otro tanto y que hoy vive respetada por todos.

—Esa es la pura verdad —contestaron a coro los tres.

Y el otro prosiguió:

—Sólo Dios sabe las fatigas que ha pasado la pobre para sacar adelante a su chico sin ayuda alguna y lo que ha llorado desde que no sale de casa si no es para ir a la iglesia.

—Eso también es la pura verdad.

Durante unos momentos no se oyó más que el soplido del fuelle que avivaba la fragua. Felipe se inclinó bruscamente hacia Simón:

—Ve y dile a tu mamá que al anochecer iré a hablar con ella.

Cogió al chico por los hombros y lo empujó hacia afuera.

Reanudó su tarea, y los cinco martillos cayeron de golpe sobre los yunques. No dejaron de batir el hierro hasta la noche, sólidos, potentes, alegres, como martillos satisfechos. Pero al igual que la campana mayor destaca sobre las más chicas, cuando repican en los días festivos, así el martillo de Felipe, sobresaliendo por encima del estrépito de los demás, caía acompasado, con un ruido ensordecedor. En pie entre el chisporroteo, rebrillándole los ojos, forjaba Felipe apasionadamente.

El cielo estaba cuajado de estrellas cuando llamó a la puerta de la Blancota. Vestía su chaqueta dominguera, camisa nueva y se había hecho arreglar la barba. La joven apareció en el umbral y le dijo con tono dolorido:

—Ha hecho usted mal, don Felipe, en venir tan tarde.

Fue a responder, salieron de su boca unos balbuceos y se quedó ante ella desconcertado.

La joven siguió diciendo:

—Ya se dará usted cuenta de que es preciso evitar que sigan hablando de mí.

Felipe soltó de golpe:

—¿Tiene eso importancia si usted consiente en ser mi mujer?

Nadie le contestó, pero creyó percibir en la oscuridad de la habitación un ruido, como un cuerpo que se desplomaba. Se precipitó dentro; Simón, que estaba acostado, creyó distinguir el chasquido de un beso y el susurro de unas frases que pronunciaba su madre. De pronto, se sintió levantado en vilo por las manos de su amigo, y éste, sosteniéndolo en alto con sus brazos estirados, le gritó:

—Les dices a tus camaradas que tu papá es Felipe Remy, el herrero, y

que iré a tirarle de las orejas a cualquiera que te maltrate.

Al siguiente día, con la escuela de bote en bote, y a punto de empezar la clase, el pequeño Simón se irguió, muy pálido, con labios trémulos, y les dijo con voz muy clara:

—Mi papá es Felipe Remy, el herrero, y tengan por seguro que a cualquiera que me maltrate le tirará de las orejas.

En esta ocasión ya no se rió nadie, porque conocían muy bien a Felipe Remy, el herrero: un papá del que cualquiera hubiera estado orgulloso.

Guy de Maupassant



Henry René Albert Guy de Maupassant (Dieppe, 5 de agosto de 1850 - París, 6 de julio de 1893) fue un escritor francés, autor principalmente de cuentos, aunque escribió seis novelas. Para el historiador del terror Rafael Llopis, Maupassant, perdido en la segunda mitad del siglo XIX, se encuentra muy lejano ya del furor del Romanticismo, es «una figura singular, casual y solitaria».

Tuvo una infancia como la de cualquier muchacho de su edad, si bien su

madre lo introdujo a edad temprana en el estudio de las lenguas clásicas. Su madre, Laure, siempre quiso que su hijo tomara el testigo de su hermano Alfred Le Poittevin, a la sazón íntimo amigo de Flaubert, cuya prematura muerte truncó una prometedor carrera literaria. A los doce años, sus padres se separaron amistosamente. Su padre, Gustave de Maupassant, era un indolente que engañaba a su esposa con otras mujeres. La ruptura de sus padres influyó mucho en el joven Guy. La relación con su padre se enfriaría de tal modo que siempre se consideró un huérfano de padre. Su juventud, muy apegada a su madre, Laure Le Poittevin, se desarrolló primero en Étretat, y más adelante en Yvetot, antes de marchar al liceo en Ruan. Maupassant fue admirador y discípulo de Gustave Flaubert al que conoció en 1867. Flaubert, a instancias de la madre del escritor de la cual era amigo de la infancia, lo tomó bajo su protección, le abrió la puerta de algunos periódicos y le presentó a Iván Turgénev, Émile Zola y a los hermanos Goncourt. Flaubert ocupó el lugar de la figura paterna. Tanto es así, que incluso se llegó a decir en algunos mentideros parisinos que Flaubert era el padre biológico de Maupassant.

El escritor se trasladó a vivir a París con su padre tras la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870. Comenzó a estudiar Derecho, pero reveses económicos familiares y la mala relación con su padre le obligaron a dejar unos estudios que, de por sí, ya no le convencían y a trabajar como funcionario en varios ministerios, hasta que publicó en 1880 su primera gran obra, «Bola de sebo», en Las veladas de Médan, un volumen naturalista preparado por Émile Zola con la colaboración de Henri Céard, Paul Alexis, Joris Karl Huysmans, Léon Hennique. El relato, de corte fuertemente realista, según las directrices de su maestro Flaubert, fue calificado por este como una obra maestra. Hoy está considerado como uno de los mejores relatos de la historia de la literatura universal.

Su presencia en Las veladas de Médan y la calidad de su relato, permite a Maupassant adquirir una súbita y repentina notoriedad en el mundo literario. Este éxito será el trampolín que lo convertirá en autor de multitud de cuentos y relatos (más de trescientos). Sus temas favoritos son los campesinos normandos, los pequeños burgueses, la mediocridad de los funcionarios, la guerra franco-prusiana de 1870, las aventuras amorosas o las alucinaciones de la locura: La Casa Tellier (1881), Los cuentos de la becada (1883), El Horla (1887), a través de algunos de los cuales se transparentan los primeros síntomas de su enfermedad.

Su vida parisina y de mayor actividad creativa, transcurrió entre la mediocridad de su trabajo como funcionario y, sobre todo, practicando deporte, en particular el remo, al que se entregaba con denuedo en los pueblos de los alrededores de París a los que regaba el Sena en compañía de amistades de dudosa reputación. Vida díscola y sexualmente promiscuo, jamás se le conoció un amor verdadero; para Maupassant el amor era puro instinto animal y así lo disfrutaba. Escribió al respecto: «El individuo que se contente con una mujer toda su vida, estaría al margen de las leyes de la naturaleza como aquél que no vive más que de ensaladas». Y por añadidura, el carácter dominante de su madre lo alejó de cualquier relación que se atisbase con un mínimo de seriedad.

Lucien Litzelmann

Detrás de su carácter pesimista, misógino y misántropo, se encontraba la poderosa influencia de su mentor Gustave Flaubert y las ideas de su filósofo de cabecera, Schopenhauer. Abominaba de cualquier atadura o vínculo social, por lo que siempre se negó a recibir la Legión de Honor o a considerarse miembro del cenáculo literario de Zola, al no querer formar parte de una escuela literaria en defensa de su total independencia. El matrimonio le horrorizaba; suya es la frase "El matrimonio es un intercambio de malos humores durante el día y de malos olores durante la noche". No obstante, pocos años después de su muerte, un periódico francés, L'Eclair, da cuenta de la existencia de una mujer con la que Maupassant habría tenido tres hijos. Esta persona, identificada en ocasiones por algunos biógrafos con la "mujer de gris", personaje que aparece en las Memorias de su criado François Tassart, se llamaba Josephine Litzelmann y era natural de Alsacia y, sin duda, judía. Los hijos se llamaban Honoré-Lucien, Jeanne-Lucienne y Marguerite. Si bien sus supuestos tres hijos reconocieron ser hijos del escritor, nunca desearon la publicidad que se les dio.

Atacado por graves problemas nerviosos, síntomas de demencia y pánico heredados (reflejados en varios de sus cuentos como el cuento "Quién sabe", escrito ya en sus últimos años de vida) como consecuencia de la sífilis, intenta suicidarse el 1 de enero de 1892. El propio escritor lo confesó por escrito: «Tengo miedo de mí mismo, tengo miedo del miedo, pero, ante todo, tengo miedo de la espantosa confusión de mi espíritu, de mi razón, sobre la cual pierdo el dominio y a la cual turbia un miedo opaco y misterioso». Tras algunos intentos frustrados, en los que utilizó un

abrecartas para degollarse, es internado en la clínica parisina del Doctor Blanche, donde muere un año más tarde. Está enterrado en el cementerio de Montparnasse, en París.

En cuanto a su narrativa corta, son especialmente destacables sus cuentos de terror, género en el que es reconocido como maestro, a la altura de Edgar Allan Poe. En estos cuentos, narrados con un estilo ágil y nervioso, repleto de exclamaciones y signos de interrogación, se echa de ver la presencia obsesiva de la muerte, el desvarío y lo sobrenatural: ¿Quién sabe?, La noche, La cabellera o el ya mencionado El Horla, relato perteneciente al género del horror.

Según Rafael Llopis, quien cita al estudioso de lo fantástico Louis Vax, «El terror que expresa en sus cuentos es exclusivamente personal y nace en su mente enferma como presagio de su próxima desintegración. [...] Sus cuentos de miedo [...] expresan de algún modo la protesta desesperada de un hombre que siente cómo su razón se desintegra. Louis Vax establece una neta diferencia entre Mérimée y Maupassant. Éste es un enfermo que expresa su angustia; aquel es un artista que imagina en frío cuentos para asustar. [...] Este temor centrípeto es centrífugo en Maupassant. "En 'El Horla' -dice Vax- hay al principio una inquietud interior, luego manifestaciones sobrenaturales reveladas solo a la víctima; por último, también el mundo que la rodea es alcanzado por sus visiones. La enfermedad del alma se convierte en putrefacción del cosmos"».

Maupassant publicó asimismo cinco novelas de corte mayormente naturalista: Una vida (1883), la aclamada Bel-Ami (1885) o Fuerte como la muerte (1889), Pedro y Juan, Mont-Oriol y Nuestro corazón. Escribió bajo varios seudónimos: Joseph Prunier en 1875, Guy de Valmont en 1878, Maufrigneuse de 1881 a 1885. Menos conocida es su faceta como cronista de actualidad en los periódicos de la época (Le Gaulois, Gil Blas, Le Figaro...) donde escribió numerosas crónicas acerca de múltiples temas: literatura, política, sociedad, etc.

(Información extraída de la Wikipedia)